

El turismo integrado puede ser integrador

PEDRO MONTSERRAT

El paisaje de montaña es fruto de unas plantas que son rebajadas por animales y hombres organizados, cultos. Nos es posible vivir en la selva sombría, peligrosa; en cambio, ahora tenemos el bosque modelado, rebajado, parcialmente aclarado por los rebaños de nuestros padres y abuelos que así fomentaron el césped y los prados. *Heredamos* un Pirineo maravilloso y mejorable.

La vida para los aragoneses de montaña es muy dura y ahora la «sociedad consumista» provoca deserciones. No les entendemos ni hacemos nada para conseguirlo; es muy difícil continuar. Para colmo de incompreensión, anegamos los valles, les ocupamos los prados, y arrasamos sus bosques provocando la erosión.

El hombre de montaña, los pastores que fotografió hace años el inolvidable Compairé, pasaban media vida en los puertos, los conocían y amaban a pesar de sus «caricias traicioneras», del peligro por fieras, aludes, desprendimientos, rayos, pedrisco y nevadas. Armonizaban con su ambiente, *estaban integrados*, y además formaban «comunidades ganaderas» organizadas, muy preparadas para vivir de sus montes, de la montaña que nosotros conocemos en momentos de placidez, los buenos que preceden a la tragedia.

Nosotros, los ciudadanos, vamos como «ave de paso», no estamos preparados para vivir «en» y «de» la montaña; para colmo de incompreensión, la ocupamos sin dejarles sitio; los arrinconamos. ¡exagero! pero conviene «caricaturizar» la situación actual, para entender de algún modo la muerte lenta de nuestro Aragón de montaña, el auténtico que debería evolucionar con las posibilidades de la técnica moderna y de su «cultura» rejuvenecida.

Mi experiencia, como botánico dedicado a pastos y ganadería de montaña, parece indicar la urgencia de *revitalizar* esas comunidades de montaña, pero con unas técnicas y actuaciones apropiadas, no las imaginadas por el «gestor improvisado» que llega como «sabio» infalible y dominador. La *humildad* y la *prudencia* son virtudes del montañés que brillan por su ausencia en muchos de los que deciden su porvenir. La montaña no es el «suburbio» abierto a la especulación salvaje y sin «retroalimentación» cultural adecuada; nuestros abuelos eran maestros en éso, en aprender y acumular experiencia gestora que transmitían con naturalidad a los hijos.

Desastres recientes y los que llegarán si seguimos con tanta inconsciencia, recomiendan las virtudes mencionadas y el fomento de una *vida rural culta*, integrada, creadora y antecesora de paisajes armónicos, con el *progreso cultural* que proporcionaría el imitar la estrategia utilizada en otras montañas europeas. Queda mu-

cho por aprender de otros montañeses sometidos a tensiones como las del hombre pirenaico, pero en un ambiente social y político muy distinto al nuestro.

Me gustaría conocer directamente la vida de algunos tiroleeses, y polacos del Tatra, o rumanos en sus Cárpatos. La cultura *se copia* y los viajes organizados la facilitan. Sin embargo, he vivido con intensidad los problemas rurales durante medio siglo, he viajado por España-Portugal, Francia, Inglaterra-Gales, Suiza e Italia, hasta una Laponia finlandesa, y siempre con los ojos abiertos para comprender la «manera de vivir» de *sus recursos*, los del pasto y ganado bien manejados. Mi opinión puede orientar el desarrollo pirenaico y la doy de manera desinteresada. Los jacetanos me conocéis. *Estoy jubilado* y no espero nada, solo servir.

En todas partes el turismo es compatible con la vida rural o bien la destruye por *inconsciencia colectiva*; acaban con el recurso fundamental, aniquilan su paisaje de *hombres integrados*. Son muchos los impactos provocados por tanto «consumo disparado», por las ambiciones *sin límite*, por tantos «cuentos de la lechera», un sueño que hace tropezar y perderlo todo. Las estaciones europeas de montaña esquiable, nos muestran la inconsciencia destructora de lo que pretenden promocionar; las hay de tercer y cuarto grado, ¿porqué seguir? Al final se verá la necesidad de adaptar las pistas —con instalaciones y servicios— a la «vida en la montaña», no al revés como ahora se hace y sin esperar que la experiencia muestre los desastres, pero cuando es tarde y «no hay retirada» por tanta ruina, hasta vidas perdidas.

Aragón y en especial nuestra Jacetania tienen vida invernal gracias al turismo de la nieve, pero hay peligros, y el mayor está en las ambiciones desmedidas, en actuaciones de quienes —sin conocer la montaña y sus limitaciones— planean actuaciones inadecuadas. Seamos prudentes, individual y colectivamente.

